

En la actualidad, los diseñadores de los países latinoamericanos nos preguntamos cómo podemos colaborar en la construcción de la escala de valores que se relacionan con el respeto a la vida, al entorno, a nuestras costumbres y a nuestros deseos como colectivo social. El diseño puede aportar, desde su especificidad, importantes testimonios y evidencias –centrados en qué hacemos y en cómo lo hacemos– que justifican el cambio de mirada sobre nuestros orígenes y sobre nuestro destino como naciones.

Más allá de deliberar acerca de los modelos productivos en sus aspectos más técnicos, actualmente subyace el interrogante sobre cómo, qué y en cuáles condiciones producir en la crisis ambiental actual, después de sesenta años de despilfarro energético, de acumulación de basura no degradable y de vaciamiento de recursos no renovables. ¿Es posible producir si estamos sumergidos en un paradigma productivo agotado en sus argumentos y en sus recursos? Difícilmente. En esta instancia es necesario observar el contexto en todas sus dimensiones –históricas, geográficas, étnicas, etcétera–, que son los componentes del mosaico cultural que debe ser entendido y atendido, explícitamente, desde el diseño industrial. Es central rediscutir la logística de la producción y del consumismo masivo inducido.

Sobre la base de estos y de otros conceptos que emergen del sustrato ideológico y cultural, la idea de diseño para el territorio cobra un nuevo sentido. Según esta noción, el usuario no debe ser entendido como algo abstracto sino como una trama social en la que se ven sus relaciones intrínsecas y su contexto territorial en todos sus aspectos. Considerar al territorio como destinatario nos obliga o nos invita a comprometernos con los temas que definen nuestras vidas –tal vez en sus aspectos más dramáticos, pero absolutamente reales y vigentes–, como la producción industrial y el cuidado del ambiente, su enfoque, sus consecuencias, la prevención de daños ambientales, y la capacidad de anticipación y de proyección.

Estos temas deben ocupar la agenda del diseño industrial de manera ineludible. La inclusión de herramientas que contribuyan al desarrollo de conceptos ligados a nuestros territorios es, también, la tarea que el diseño debe afrontar como un aporte decisivo y estratégico. Además, deben pensarse herramientas que nos permitan generar dispositivos propios de validación de nuestras construcciones teóricas y prácticas, y de desarrollo científico y tecnológico, como estrategias de consolidación de un modelo de vida que emerge de nuestras necesidades, de nuestras posibilidades y capacidades, y de nuestros sueños.

DI Ana Bocos